

## LA ÚLTIMA GUERRA DE LOS ÁNGELES, POR CARMEN SÁNCHEZ MÍGUEZ

Desde pequeños, en la religión cristiana, nos han inculcado que todos contamos con un ángel de la guarda que nos protege y nos hace compañía además de que vela por nosotros y por nuestro bien. A medida que creces, en cambio, ves que si de verdad tuviésemos un ángel de la guarda, nunca nos pasarían las desdichas que nos ocurren y la vida sería perfecta. Lamentablemente no lo es.

Con todos los inventos y descubrimientos de la ciencia, hemos conseguido dejar a un lado la religión para así centrarnos en que todo tiene una explicación lógica.

Los seres humanos nos guiamos por la regla de "sino puedo verlo, no existe", cosa que (y si puedo discrepar) no es del todo cierto, pues el Sol no corona el cielo durante la noche y nunca dudamos de su existencia.

Bueno, volveré a lo que iba: los ángeles existen. Y no son tíos rubios vestidos de blanco y sin camiseta ni niños con alas y pañales. Son humanos, como tú y como yo, aunque hay algo que cambia: son invisibles para vosotros, pero eso lo explicaré más tarde.

Otro dato es que los ángeles de la guarda odian su trabajo. "¿Por qué?" Te preguntarás, es muy simple: nadie quiere ser el niño de un mortal hasta que este perezca. Y mucho menos su guardaespaldas. Así que, a los ángeles que no han cumplido con su deber, se les asigna un humano del que tendrán que cuidar a cambio de nada.

Ahora, volvamos a la pregunta de por qué y cómo conozco yo esta información. Aunque, antes de que la leáis, me gustaría que teorizárais sobre las posibles respuestas.

Bien, ahora que puedo romper a trozos vuestras teorías, me presentaré: me llamo Nieves y soy humana, una humana normal y corriente salvo por el hecho de quizás de que veo a los ángeles de la guarda. Todo pintaba raro desde el principio, pero lo peor fue encontrar uno justo detrás de mí.

- ¡¿Quién eres y por qué me sigues?!- le grité al chico, que se quedó sin reaccionar durante unos segundos para luego preguntar:
- ¿Puedes verme?

Sí...No fue el mejor de los encuentros. Mi ángel de la guarda se llamaba Tim, tenía el pelo de color café, la piel como el alabastro y unos hipnotizantes ojos cobrizos. Si soy sincera, más que un ángel parecía un dios esculpido en mármol.

Tras varios meses, Tim y yo nos hicimos amigos, ya que no tenía otra tarea que permanecer a mi lado y seguirme, compartíamos demasiado tiempo juntos.

Últimamente, en cambio, el chico desaparece durante varias horas para volver con la ropa hecha jirones y varias heridas de las que mana Icor, la sangre dorada, y yo, ya que sólo soy su amiga (y repito, sólo su amiga), no puedo evitar preocuparme.

- Deberías contarme qué te pasa. -le insistí una vez más- Soy tu amiga, tengo derecho a saberlo.
- Sí, pero también eres mi protegida y no puedo ponerte en riesgo- denegó Tim con los brazos cruzados.
- ¡Eres un idiota! - el ángel consiguió enfadarme: ¡era normal que me preocupase por él!
- ¡¿Qué soy un idiota?!- repitió- ¡La idiota eres tú por meter las narices dónde no te llaman!
- Perdona, pero eres mi ángel de la guardia y tengo derecho a saber por qué corres peligro.

- ¡¿Quieres saberlo?!- genial, había conseguido que Tim se enfadase.
- ¡Sí! - por suerte, no había nadie en casa y podía pegar voces sin que creyeran que estaba loca...Otra vez.
- ¡Bien! - con las palabras del chico vinieron una luz blanca y cegadora, un terrible mareo y un cambio de escenario.

Nos encontrábamos en una especie de plaza que sin duda alguna hubiese tenido encanto de no ser porque se encontraba en ruinas.

- ¿Qué es este lugar? - conseguí preguntar con un hilo de voz.
- Este lugar es a lo que vosotros llamáis el Cielo- respondió el ángel con un tono amargo en la voz- O más bien era. -rectificó mientras daba una patada a un trozo de columna.
- Espera... ¡¿El Cielo?! ¡¿Estoy muerta?!- entré en pánico, a ese lugar encima de las nubes sólo se subía cuando habías muerto.
- No, no estás muerta- dijo Tim con calma-, sólo he separado tu alma de tu cuerpo para que pudieses observar por ti misma lo que ha pasado. Es lo que querías, ¿no?
- ¡No! ¡Por supuesto que no! -yo continuaba alterada- ¡Se supone que eres mi ángel de la guarda, no un asesi-!
- Nieves- el chico se acercó a mí invadiendo mi espacio personal-, después podrás volver a tu cuerpo. Te lo prometo- dada la cercanía de nuestros rostros no pude evitar que mis mejillas se tiñieran de rojo y fue como sentir el mismísimo Sol en la cara. Nunca antes habíamos estado tan cerca y nunca antes había hablado tan dulcemente pero con una voz firme al mismo tiempo; todo eso combinado con su físico más lo que yo llamaba el "efecto ángel" provocó que mi corazón fuese tan rápido que creí que se me saldría del pecho.
- ¿Qué...Qué ha pasado aquí? - rompí el contacto visual para no enfrentarme a su profunda mirada.
- Al que conocéis como Satanás o Lucifer ha conseguido masacrar a los ángeles que vivían aquí. Sólo los ángeles de la guarda continuamos con vida.
- ¿Y Dios? - Tim se volvió hacia mí pidiendo que me explicase- Ya sabes, Dios, el Señor, el Todopoderoso que creó cuanto conocemos.
- Ninguno sabemos dónde está- reconoció el chico- Nadie nunca lo ha visto, pero existe, como es obvio.
- De todas maneras... Aún no me has explicado el motivo de tus heridas- exigí saber. Ya no me podría ocultar información. No iba a dejar que lo hiciese.
- Puedes deducirlo por ti sola, eres inteligente- su ambigua respuesta hizo que frunciera el ceño, pero no tardé en dar con la solución.
- Estáis en guerra- deduje- Pero... ¡¿Qué pasa si perdéis?!
- Tampoco es una pregunta difícil: si perdemos, moriremos y los humanos no tendréis balance entre el bien y el mal. Habrá homicidios, robos, guerras y terminaréis extinguiéndoos si no acabáis antes con el planeta, claro.
- ¡Pero eso es horrible! - la idea de matar a alguien a sangre fría me provocaba escalofríos.
- Y por eso, debo avisarte de que, hasta que la guerra llegue a su fin, para bien o para mal, lucharé con los que quedamos y no mantendré ningún tipo de contacto con mi protegida, en este caso, tú- recitó el ángel como un autómatas.
- ¿Qué? ¡No! Me niego- negué con la cabeza- No, no voy a permitir que te maten.
- ¿Tan malo crees que soy luchando? - Tim se permitió bromear, pero cerró la boca al instante y adoptó el tono serio que requería la situación- Nieves, no tengo otra opción...

Sin previo aviso, hubo una explosión cerca de nosotros y, debido a ella, perdí la orientación y caí al suelo.

Mi ángel de la guarda me dirigió unas palabras que no pude oír porque me pitaban los oídos y en un parpadeo, me encontraba de nuevo en mi casa sin saber si volvería a verle. Lamentablemente, esto era sólo el principio.